

Carta de Inglaterra

Joan Lluís Gili i Serra

Jordi Doce

El pasado 6 de mayo fallecía en Oxford, a los noventa y dos años de edad, el librero, editor y traductor catalán Joan Gili, figura emblemática y desde luego inimitable del hispanismo británico. Muestra evidente del afecto y admiración que supo despertar en vida son las numerosas necrológicas que los principales diarios británicos (*The Times*, *The Guardian*, *The Independent* y *The Daily Telegraph*) le dedicaron, y de las que emerge con pinceladas vigorosas el retrato de un hombre entregado de pleno a la literatura y a un mejor conocimiento de las culturas que forjaron su vida. En este tiempo de conversos europeísmos y cerrados nacionalismos, el suyo fue un espíritu (no dudo en llamarlo renacentista) que halló en la diferencia razón de interés y diálogo, y que trató de preservar con su ejemplo la memoria de una España no resquebrajada aún por la Guerra Civil, una España de tolerancia incipiente cuyos frutos tardíos tuvo la fortuna de ver revivir. Durante más de medio siglo el nombre de Gili fue sinónimo de curiosidad, pasión y saber experto. Lo demuestra el hecho de que no es posible entender la historia del hispanismo británico en nuestro siglo sin hacer referencia detallada a Dolphin Booskshop Editions, la editorial que Gili fundó en 1938 y que aún hoy pervive bajo el control atento de su hijo Martin Lluís.

Joan Lluís Gili i Serra, miembro de una importante familia de libreros y editores catalanes, nació el 10 de febrero de 1907 en Barcelona. En 1926, tras cursar estudios en su ciudad natal, entró a formar parte de la empresa familiar, dedicada principalmente a la producción de libros religiosos. En los años siguientes, su interés por la cultura y literatura británicas le llevó a traducir algunos cuentos de los por entonces muy *modernos* D. H. Lawrence y Katherine Mansfield y a escribir comentarios y reseñas en las páginas de *La Publicitat*. En 1933 viajó a Inglaterra, invitado por el escritor C. Henry Warren, con quien había intercambiado algunas cartas. Fue Warren quien le instó a establecerse definitivamente en el país, lo que hizo un año después, y juntos fundaron en 1935 la Dolphin Book Company. El nombre

NOTA: Debo muchos datos de esta primera parte de mi artículo a las diversas notas necrológicas publicadas en los diarios ingleses.

aunaba diversas referencias: por un lado, al impresor Aldus Manutius, cuyo emblema era el delfín; por otro, al Mediterráneo, pues durante la Edad Media se llegó a decir que ningún pez se atrevía a mostrar su espalda a menos que exhibiera en ella la bandera catalana. La librería, sita en Cecil Court, en Londres, se especializó desde un inicio en textos hispánicos, lo que comprendía tanto novedades como libros de segunda mano. Durante la Guerra Civil, la casa y la tienda de Gili se convirtieron en refugio y lugar de tertulia de exiliados republicanos y simpatizantes británicos, entre ellos Gregorio Prieto, Rafael Martínez Nadal, Carles Riba, los poetas Cecil Day Lewis (el padre del oscarizado actor Daniel Day Lewis) y Stephen Spender, el novelista V. S. Pritchett y el compositor Alan Rawstone (no en vano el delfín era tenido en el arte medieval como emblema del amor social). En 1941, forzado a mudar su fondo editorial por miedo a los bombardeos alemanes, Gili instaló su cuartel general en Flyfield Rd., en Oxford, desde donde organizó un servicio postal de distribución de libros para hispanistas que no ha dejado de funcionar hasta la fecha.

Durante ese tiempo, lo que había empezado como modesta librería comenzó a crecer y experimentar diversos cambios. En 1939, Gili adquirió en ardua competición la biblioteca del hispanista francés Raymond Foulché Delbosc: ocho toneladas de libros que debieron ser transportados a Londres en un vagón de tren y que con el tiempo hicieron de Gili un experto en libros antiguos. Más importante fue la creación en 1938 de la editorial Dolphin con el objetivo principal de publicar libros hispánicos. El primer proyecto de Gili fue una antología de textos de Miguel de Unamuno, al que había conocido dos años antes en la embajada española en Londres bajo la mirada atenta de Ramón Pérez de Ayala. A lo largo de una existencia de casi sesenta años, Dolphin Press publicó 73 títulos, entre ellos traducciones de Lorca y de Carles Riba, 3 libros de ilustraciones del pintor Gregorio Prieto, y la primera edición de *Ocnos* de Luis Cernuda.

A pesar de sus esfuerzos como editor, Gili sigue siendo recordado por muchos lectores como uno de los primeros traductores de la obra de Federico García Lorca al inglés. *Poems*, publicado en 1939, fue traducido conjuntamente por Gili y el poeta inglés Stephen Spender. Este volumen mereció una reedición en 1942, y al año siguiente Hogarth Press publicó una tercera edición revisada. Tiempo después, en 1960, Gili preparó cuidadas y respetuosas traducciones en prosa de Lorca para la editorial Penguin, al estilo de las que publicara J. M. Cohen en *The Penguin Book of Spanish Verse*. Si bien Gili no era poeta y sus traducciones en prosa no lograron insertarse en el cuerpo vivo de la poesía inglesa (¿pero cuántas traducciones lo logran?), es cierto que su trabajo fue en gran medida responsable de

la enorme popularidad de Lorca en esta isla. No era Spender, sin duda, el más indicado para verter al inglés la compleja inmediatez de la poesía lorquiana, pero hay que decir en su honor que realizó un trabajo muy digno y en ocasiones excepcional, como en su traducción del difícil soneto «Adán». Tan satisfecho quedó Spender con esta versión que la incluyó en repetidas ediciones de sus *Selected Poems*. El volumen, seleccionado y prologado por Rafael Martínez Nadal, tuvo un éxito inmediato y se convirtió en piedra de toque para futuras traducciones. Esto hubiera sorprendido a Luis Cernuda, tal vez, que no se mordió la lengua al comentar el libro con su amigo Martínez Nadal. La historia de los desencuentros de Cernuda con sus contemporáneos es larga, y ni Spender ni Gili escaparon (no podían escapar) a la susceptibilidad airada del poeta español. En las cartas que Cernuda dirigió a Martínez Nadal, Gili aparece como una figura enigmática y resbaladiza, incapaz de responder con claridad o precisión a los requerimientos del poeta. Pero la experiencia sugiere, tal vez, que lo contrario era verdad, y no hay duda de que Gili apreciaba la poesía de Cernuda: su edición de *Ocnos* (1942) es un ejemplo de elegancia y buen hacer editorial. Y hay que añadir que Gili publicó *Ocnos* en momentos difíciles, cuando las restricciones de papel se avenían mal con los deseos y veleidades de los editores. (Otro famoso editor, T. S. Eliot, incurrió en la ira de sus superiores en Faber al utilizar grandes provisiones de papel para la publicación de *El libro negro* de Lawrence Durrell, considerado, entonces como ahora, absolutamente invendible).

No obstante, la labor traductora de Gili, al menos durante los últimos años de su vida, se concentró principalmente en verter al inglés la obra del gran poeta catalán Carles Riba, en especial dos libros señeros: *Elegies de Bierville* y *Salvatge Cor*. Con Riba, tan mal y escasamente leído en nuestro país (¿para cuándo una buena edición en castellano de su obra?), le unió una amistad trufada de guiños biográficos. Riba había viajado a Londres en 1938 y había sido testigo del incipiente noviazgo de Gili y su futura esposa, Elizabeth MacPherson. A ellos va dedicada la tercera de las *Elegías de Bierville*, y a ellos se refieren algunos de los versos más memorables del poema:

...Però encara
 més innocentment tantes imatges i tant
 ai! d'impensable sentit se m'han canviat i es contenen
 en el fervor dels dos enamorats juvenils
 que al bell cor de la immensa ciutat fumosa ens obriren
 llur paradís ple de llum, de voluptat i de risc.

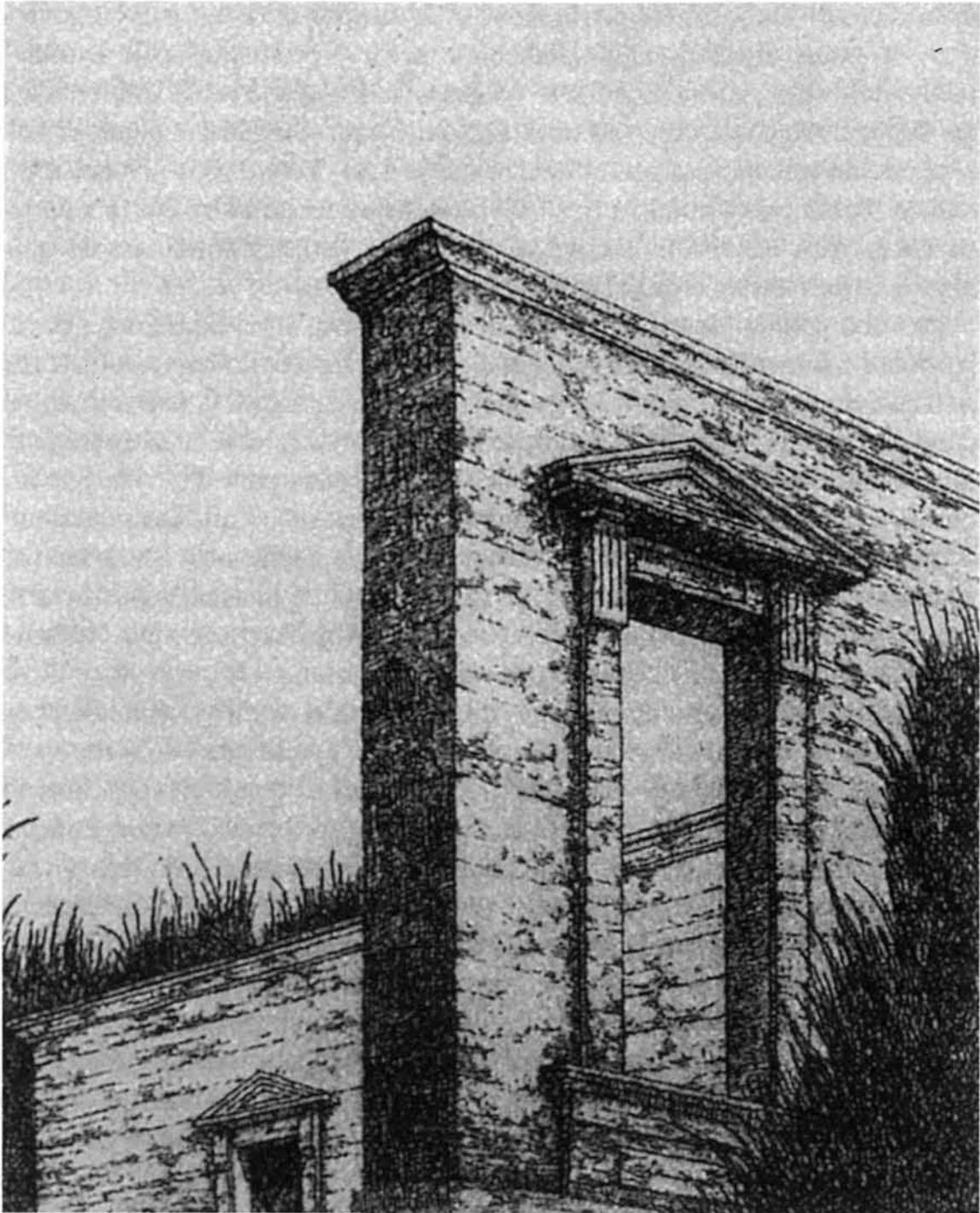
Después de una primera antología, editada en 1964, Gili trabajó durante largo tiempo en los dos libros capitales del poeta catalán, que publicó respectivamente en 1993 y 1995. Hay que hacer notar, a este respecto, la delicadeza y precisión de su inglés, capaz de aprehender la complejidad de los versos de Riba y ser fiel a sus múltiples matices. Además de estas traducciones, hay que mencionar asimismo las que hizo de *Tankas de las cuatro estaciones*, que fueron musicadas por su amigo Alan Rawsthorne, y las de poemas de Salvador Espriu, que recogió bajo el título *Forms and Words* (1980). En los últimos meses de su vida se dedicó a completar y corregir su traducción del poema *Nabí*, del gran Josep Carner, otro poeta prácticamente ignorado fuera de Cataluña y cuya mezcla de precisión y delicadeza ha fascinado a buena parte de los escritores catalanes de este siglo (entre ellos, Josep Pla, que le dedicó un sentido e inteligente *homenot* en el que rememoraba algunos de sus encuentros en Italia con el poeta).

Es importante, pienso, enumerar los trabajos de un hombre. Son como pequeñas muescas en la pistola de la vida, instantes en los que la espuma se encrespa y atecha el agua de los días. Pero, sobre todo, hacen de pauta de la existencia, gobiernan su desorden y su frágil entramado de deseos, contrariedades e incertidumbres. Las necrológicas añaden que Gili fue hombre activo (siguió jugando regularmente al tenis hasta poco antes de su muerte) y dotado para la amistad. Las fotos reproducidas muestran un rostro de sonrisa franca y fácil, risueño incluso cuando ensaya sin esfuerzo una pose reflexiva. Son retratos de un Gili joven, vestido con ropa deportiva y moderna que desmiente la fecha en que fueron tomadas: un polo, un jersey de pico, el pelo muy negro peinado hacia atrás, con aire de escriba egipcio o deportista de entreguerras. Pero ya anciano no perdió la gracia y las ganas de vivir e interrogar al mundo. Su vida combinó la pasión y el negocio, la literatura y la amistad, y el resultado fue la entrega a un diálogo que, sin embargo, no parece importar tanto o servir de ejemplo en estos tiempos de prisa excesiva. ¿Me equivoco, o han cambiado de modo radical las actitudes y las normas de comportamiento que gobernaban la transmisión del conocimiento? No es éste ni el lugar ni el momento, por supuesto, para explorar con calma esta intuición, pero sí detecto entre nosotros cierto desprecio por el ideal humanista del aprendizaje. Faltan pasión y humildad, sobran ironía altiva y ganas de lucimiento y, por encima de todo, sobra prisa, mucha prisa. No sólo es casi impensable, hoy en día, que alguien dedique treinta años de su vida a traducir la obra de un poeta. Hay algo podrido en la Dinamarca de nuestra cultura cuando, como sucedió pocos días después del fallecimiento de Gili, un joven imberbe se atreve a postular en público un García Lorca de simpatías fascistas con la mera ayuda de

unas cuantas diapositivas provocadoras. El responsable no era un joven escritor airado de pose estudiadamente rebelde y prosa traducida mentalmente del inglés, sino un brillante y laureado licenciado de la Universidad de Oxford. Algo, ya digo, no acaba de funcionar cuando las técnicas del espectáculo televisivo rigen el debate intelectual. Pero a esto nos encaminamos. Sobre prisa, mucha prisa. El silencio que rodeó en su día la muerte de un escritor de la talla de Ángel Crespo es muestra suficiente de que hemos empezado a perder el norte del pasado.

No hubo prisa ni desconcierto, en cualquier caso, en el homenaje que se le tributó a Joan Gili el 20 de junio en el Hall de Exeter College, en Oxford. Allí se escucharon elogios y despedidas en boca de aquellos que intimaron con la personalidad poliédrica del catalán: el librero y el tenista, el traductor y el animador cultural, todos fueron convocados para dar vida por un último instante compartido a un nombre y un ejemplo. Entre los invitados, destacó la presencia de Rafael Martínez Nadal, cuyos noventa y cuatro años recorren la historia literaria de nuestro país con la asombrosa lucidez del testigo asombrado. Como en el caso de su amiga la poeta inglesa Kathleen Raine, a quien ha traducido con singular fortuna, el tiempo ha pulido y afinado el entusiasmo del joven y le ha entregado, como propina, la prolongación de una vida rica en sucesos, encuentros y escenarios. Y como en el caso de su querido amigo Joan Gili, a quien había venido a rendir homenaje, los años no han podido con su voluntad y su deseo de vivir. Pero el tiempo, no hay duda, hace trampas. Cuando uno se sorprende más joven que el Martínez Nadal que despidió a Lorca en el Madrid inmediatamente previo a la insurrección militar, es difícil no sobresaltarse. Abismo flexible, el tiempo tiene en ocasiones (menos de las deseadas) la extraña cortesía de desaparecer. Esta fue una de ellas. Es cierto que a menudo, gobernados por el impulso de continuidad, tratamos de eliminar o hacer de menos el paso del tiempo. Pero en esta ocasión el tiempo se adelantó a nosotros y nos situó en el cruce de otros muchos: el tiempo del exilio de Martínez Nadal, el tiempo de los enamorados de Riba, el tiempo sin tiempo de la verdadera literatura.

No llegué a conocer personalmente a Joan Gili. Coincidimos en dos o tres actos públicos, pero mi timidez y mi temor a molestarle retrasaron una y otra vez la formalidad del saludo. Valgan estas páginas, pues, como homenaje tardío a una vida y un ejemplo poco comunes. Valgan también como recuerdo de uno de nuestros muchos pasados, mientras la desmemoria empieza de nuevo a hacer fortuna.



Arquitectura VI. Aguafuerte, 1994